



Cuba: del excepcionalismo a la policrisis

1. Cuba y CRIES

En el marco de su mandato regional y de sus programas más amplios sobre las agendas nacionales, subregionales y hemisféricas de la sociedad civil y su articulación con las transformaciones globales, desde fines de la década del noventa, la Coordinadora Regional de investigaciones Económicas y Sociales (CRIES) ha venido desarrollando una serie de proyectos en asociación con diversos centros de investigación e instituciones académicas cubanas como el Centro de Investigaciones de la Economía Internacional (CIEI), el Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC), la Cátedra del Caribe de la Universidad de La Habana y la Fundación del Hombre y la Naturaleza Núñez Jiménez (FUHNJ), entre otras.

En su mayoría estos proyectos se han focalizado en ampliar las capacidades de organizaciones de la sociedad civil –como en su momento con el Centro Félix Varela y con Cuba Posible–, así como en analizar y dar seguimiento a las relaciones internacionales y a la economía de la isla en conjunto con instituciones académicas.

En este sentido, estamos orgullosos de haber podido contribuir a desarrollar capacidades de mediación y fortalecimiento de algunas organizaciones sociales como el Centro Félix Varela y, a la vez, haber impulsado proyectos de diálogo como “Cuba y el Caribe insular” y, en especial, el Taller Académico Cuba-Estados Unidos (TACE) en asociación con instituciones académicas. El TACE –de cinco años de duración– merece una mención especial porque se desarrolló un importante diálogo que dio lugar a una serie de recomendaciones presentadas tanto ante el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba como ante el Departamento de Estado de los Estados Unidos con la colaboración de académicos y diplomáticos de ambos países.¹

Parte de estas recomendaciones sirvieron de insumos para el proceso de “normalización” de las relaciones cubano-estadounidenses en 2014 durante las presidencias de Raúl Castro y de Barack Obama y dieron lugar a un importante evento en la Cumbre de las Américas celebrada en Panamá en abril de 2015 y a una publicación colectiva consiguiente².

En continuidad con este proyecto –impulsado, coordinado y liderado por CRIES– que dio lugar a una serie de talleres en ciudades de todo el hemisferio, en La Habana y Washington –posteriormente se desarrollaron una serie de proyectos centrados en las reformas económicas y en la política exterior cubana que dieron lugar a numerosos eventos y publicaciones que culminan con la difusión en septiembre de 2021 del *Dossier Cuba ante los desafíos de la pandemia* y la actual publicación de *Cuba: del excepcionalismo a la policrisis* como resultado del proyecto “Cambio y continuidades en la economía y la política exterior de Cuba en el marco de la transición global”, desarrollado en colaboración con el Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC).

Muchas de estas actividades se desarrollaron gracias al apoyo de diversas agencias y fundaciones, en particular la de la Fundación Ford, y al compromiso permanente de Mario Bronfman, quien estaba a cargo del portafolio sobre Cuba en la fundación. A todos ellos nuestro más profundo agradecimiento.

En el transcurso de estos 25 años de colaboración con las instituciones cubanas mencionadas y con un amplio espectro de organizaciones de la isla, en CRIES hemos tenido la satisfacción de haber contribuido desde ópticas diferentes y miradas múltiples tanto al debate sobre algunos temas de agenda relevantes para el país como a una difusión de estos debates en el ámbito hemisférico.

Esto fue gracias a la colaboración de diversas organizaciones no-gubernamentales de la región y de instituciones académicas como la Universidad Estadual de São Paulo (UNESP) de Brasil, la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, el Center for Latin American and Latino Studies (CLALS) de American University en Washington y la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, entre otras. A todas ellas y a sus miembros debemos asimismo un agradecimiento especial.

Este trabajo sostenido de CRIES, articulado a otros proyectos desarrollados en Centroamérica, el Caribe y a nivel hemisférico, ha sido signado en Cuba por varios reconocimientos tanto de la sociedad civil como del mundo académico tales como el otorgamiento a CRIES del Premio Félix Varela en 2007 y, más recientemente, del premio “Este Caribe nuestro” de la Cátedra del Caribe de la Universidad de La Habana – de la que me honra ser Profesor Invitado –en diciembre de 2022. En este sentido, agradezco en nombre de CRIES a los amigos y colegas que, en el transcurso de estos años, han apoyado nuestro trabajo y han colaborado –con generosa solidaridad y disposición– en las diversas actividades desarrolladas por CRIES tanto en la isla como en la región en su conjunto. En este proceso, la organización orientó sus proyectos a la mayor participación de instituciones e investigadores latinoamericanos y caribeños en una perspectiva regional diferenciada.

A lo largo de esta trayectoria –reflejada en numerosas publicaciones, documentos, volúmenes colectivos y números especiales de la revista *Pensamiento Propio* dedicados tanto a Cuba como a América Latina y el Caribe y particularmente en el caso del *Anuario de la Integración de América Latina y el Gran Caribe*– hemos mantenido una perspectiva regional, una posición independiente y una visión críticamente constructiva en línea con la autonomía de pensamiento y el análisis ponderado y objetivo que caracteriza la labor de CRIES como nutriente de los diálogos y recomendaciones que genera e impulsa.

El presente número especial de *Pensamiento Propio* constituye la culminación de esta trayectoria y, a partir de una serie de análisis de la coyuntura actual de Cuba, intenta contribuir, desde diferentes enfoques, comprender la encrucijada de múltiples dimensiones a las que se enfrenta la isla y a complementar los numerosos trabajos y publicaciones previos.

2. Cuba ante sus encrucijadas³

Desde hace más de seis décadas, la revolución cubana ha sido un referente para los movimientos revolucionarios de todo el mundo y, en especial, para las izquierdas latinoamericanas. La imagen del David revolucionario enfrentando al Goliat del imperio nutrió las narrativas

antiimperialistas, revolucionarias y bolivarianas de la región y los discursos de muchos dirigentes políticos, desplazando a un segundo plano las dificultades, obstáculos y falencias con que se enfrentó el proceso.

Con frecuencia, esta imagen del “faro de la revolución” y de la confrontación con los Estados Unidos prevaleció sobre otras miradas y otros análisis –más críticas– del proceso revolucionario en Cuba, contribuyendo a generar una percepción acerca de la excepcionalidad de la isla en relación con otras naciones del continente. La Isla –así con mayúscula, como es percibida por los propios cubanos en muchos de sus escritos– exportó su revolución a otras latitudes y desarrolló una amplia proyección internacional que excedía su tamaño demográfico y territorial y su escala geopolítica y que opacaba muchos de los retos internos que enfrentaba.

En la década del 60, en el contexto de la Guerra Fría y del apoyo de y la cooperación con la URSS, la Revolución Cubana marcó un derrotero internacional. Asimismo, buscó desarrollar y exportar un modelo político y social que apuntara a la construcción del socialismo a través de una economía centralizada, al despliegue de un nacionalismo antihegemónico frente a los Estados Unidos, de la proyección internacional del proceso revolucionario, y al desarrollo de un igualitarismo social, estos elementos hicieron a la singularidad de la isla. En este marco, su activo protagonismo internacional –tanto diplomático como militar y educacional– le permitió asimismo acumular un capital político poco acorde con su tamaño, su desarrollo y los retos políticos, económicos y sociales internos que enfrentaba.

El colapso de la URSS generó una crisis que evidenció la disfuncionalidad del modelo económico y su dependencia de la asistencia del campo socialista, que dio paso al “Período especial en tiempos de paz”, asociado a una serie de factores que lastraron la posibilidad de diseñar una salida que demandaba una serie de cambios estructurales y conceptuales para sostener el modelo revolucionario.

Hasta la implosión de la URSS a principios de la década del noventa, la alineación con el bloque socialista contribuyó al desarrollo de una cooperación y una asistencia externa que encubría las dificultades de un régimen político que se sustentaba en un modelo económico estatista y centralizado.

Sin embargo, al desaparecer el apoyo soviético se pusieron en evidencia las dificultades de supervivencia de este modelo, generalmente desdibujadas por una retórica antiimperialista que priorizaba al embargo económico estadounidense como un factor determinante de las fallas que pudiera acarrear. El eje de cualquier situación problemática por la que atravesara Cuba –el desabastecimiento, el fracaso de una mega-zafra, la emigración por cualquier medio y tantos otros–, parecía circunscribirse a su dificultosa y hostil relación con los Estados Unidos como causa y razón principal de estas falencias.

Por su parte, la carismática figura de Fidel Castro y de los veteranos de la revolución, incluyendo a su hermano Raúl, encarnados en una élite político-militar que gobernaba el país, garantizaron la permanencia de una serie de mecanismos políticos para que el modelo sobreviviera.

A principios de este siglo, Chávez y la asistencia petrolera venezolana contribuyeron a revigorar esta supervivencia al proveer de un nuevo apoyo económico a la revolución y a la élite gobernante desde la Venezuela bolivariana en el marco de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA)/ Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP). La asistencia del gobierno venezolano y la cooperación y el intercambio con este país contribuyeron a darle un nuevo aire al proceso cubano, al punto de que Cuba –a nivel regional y sin dejar de ser un referente para las izquierdas latinoamericana y caribeña– pudo reemplazar progresivamente su rol de faro de la revolución armada por el más amable rostro de mediador u “*honest broker*” entre el gobierno colombiano y las guerrillas de este país.

Por otra parte, empujados por la necesidad de introducir una serie de reformas en el modelo económico, al reemplazar Raúl a Fidel Castro en el poder, se comenzó a vislumbrar la posibilidad de que se iniciara un proceso de cambios en la isla

A partir de 2008, se impulsaron transformaciones que reflejaron el intento de promover un cambio estructural. Según algunos analistas estas transformaciones respondían a que “el país no tuvo otra alternativa que cambiar para sobrevivir y para reinsertarse en la economía mundial”.

De hecho, la fase iniciada en 2008 sería una tercera etapa de cambios en el proceso cubano, luego de la primera iniciada en la década del noventa con una combinación de crisis y crecimiento. La segunda época de transformación fue a principios de este siglo, la más dinámica en términos de tasas de crecimiento con inversiones masivas en ciertos sectores como salud y educación, pero, a la vez, con la descapitalización de una parte del sector industrial (en particular el azucarero), también incluyó la ruptura de la disciplina monetaria, el estrechamiento de los vínculos con Venezuela y una reorientación de los nexos internacionales.

La fase actual se caracteriza por tasas relativamente bajas de crecimiento junto con la recomposición de las cuentas externas del país y una diversificación pragmática de las relaciones internacionales. La admisión de que el modelo preexistente era disfuncional, de que existía una voluntad política para encarar el cambio necesario y de que la aceptación de este cambio debería ser irreversible son elementos relevantes para la comprensión de esta etapa, con todas las dificultades que entrañó luego de que la “normalización” fuera desmantelada bajo la administración del presidente Trump y que la pandemia del COVID19 no hizo más que acentuar.

En este marco, la persistencia de obstáculos políticos internos a los cambios económicos e institucionales encarados contribuyó a generar una coyuntura compleja: el sobredimensionamiento del sector público; una sobreabundancia de restricciones que obstaculizaban las iniciativas no-estatales; estructuras institucionales e incentivos distorsionados y heredados de fases previas; una burocracia estatal renuente al cambio; una baja productividad junto a la descapitalización de las estructuras productivas y de la industria; una marcada incapacidad de impulsar la autosuficiencia alimentaria, que generó una alta dependencia de la importación de alimentos y una fuerte presión demográfica vinculada a la baja tasa de natalidad y a la emigración de jóvenes y al envejecimiento de la población, entre otros factores relevantes.

Las iniciativas para impulsar un cambio estructural del modelo llevaron a la aprobación de los “Lineamientos de política económica y social”⁴ por el VI Congreso del PCC en abril de 2011 con el propósito de impulsar el “modelo de actualización económica y social”. En este contexto, se produjo un importante desplazamiento del foco de

la atención oficial prioritaria sobre las presiones internacionales a la explicitación de la amenaza de la acumulación de problemas domésticos en el área económica y de las secuelas sociales consecuentes. Este desplazamiento implicó una nueva percepción de la articulación entre los necesarios cambios internos en la sociedad y en la economía cubana y la reformulación de su política exterior, con énfasis en la diversificación de las relaciones internacionales y la búsqueda de atracción de inversiones externas.

Los “Lineamientos” configuraron la hoja de ruta de las reformas iniciadas y constituyeron una plataforma que expresaba un consenso social y político para esta fase, respondiendo a la necesidad de dar respuesta tanto las presiones internas y externas, como a la preservación de la estructura política existente.

Sin embargo, las fuertes regulaciones, obstáculos e impuestos (usualmente justificados para evitar la concentración de la riqueza) crearon desincentivos y dificultaron el logro de resultados tangibles, mientras que la implementación de las medidas siguió un curso atemperado que responde cabalmente a la consigna lanzada en su momento por Raúl Castro de avanzar “sin prisa, pero sin pausa”.

Sin asumir el carácter de “transición” –reminiscente de los cambios en Europa Oriental– ni de “reformas” –propios de los procesos de modernización en China y en Vietnam–, el proceso avanzó lentamente mediante el desarrollo de la llamada estrategia de “actualización económica y social” anunciada desde 2011, reforzada por la distensión de la “normalización” de las relaciones con los Estados Unidos durante la administración del presidente Obama y refrendada por dos sucesivos congresos del Partido Comunista Cubano (PCC), la aprobación de una nueva constitución en abril de 2019 referéndum mediante, y un conjunto de documentos que culminan en el lanzamiento de la “Estrategia económico-social para el impulso de la economía y el enfrentamiento a la crisis mundial provocada por la COVID19” en julio de 2020 al inicio de la pandemia y el inicio de la llamada “Tarea Ordenamiento” de unificación cambiaria a fines de 2021.

Sin embargo, como señalan algunos analistas, la última década se caracterizó por ser “un tiempo de reformas incompletas” que no abordaron a fondo las reformas estructurales necesarias para adaptar el modelo a

las nuevas condiciones nacionales e internacionales y a mantener los equilibrios sociales internos.

La crisis venezolana alejó las posibilidades de apoyarse en un socio similar a la URSS en una fase previa; pese a que China y Rusia invirtieron y cooperaron, a diferentes escalas con la isla, nunca alcanzaron el carácter de socio estratégico vital que reemplazara a la ayuda soviética. Asimismo, la relación con los Estados Unidos naufragó pese a la apertura de 2014 que estuvo bajo las crecientes restricciones y presiones económicas de Trump que, por otra parte, no han sido sustancialmente revertidas por el presidente Biden.

Las complejas circunstancias generadas por el entorno económico se reflejaron en la escasez de alimentos y suministros médicos, el aumento del combustible, los cortes de electricidad, los bajos ingresos de la mayoría de la población y una dolarización de la economía que impusieron privaciones múltiples a los ciudadanos cubanos a quienes se le sumaron a una creciente represión de opositores y disidentes políticos para finalmente dar lugar a los estallidos sociales que se iniciaron el domingo 11 de julio de 2021.

Pese a la excepcionalidad del llamado modelo cubano, cualquier similitud con las reacciones populares frente a elites deslegitimadas, incapaces de gestionar adecuadamente sus economías y de proveer bienes básicos a su población en el resto de la región no es mera coincidencia. Más allá del brutal impacto de la pandemia, la “mala hora” de América Latina alcanzó a todas las elites por igual, independientemente de su filiación política o ideológica y los “modelos” de cualquier orientación hicieron agua frente a la combinación de factores externos e internos que desataron la pandemia, la contracción económica consiguiente y la fragilidad institucional existente.

Así fueran indirectas en la región, las reverberaciones más recientes de la guerra en Ucrania no hicieron más que agudizar este cuadro y las dificultades de recuperación posteriores a la pandemia. Y la excepcionalidad que, en su momento, la revolución de 1959 otorgó a Cuba por su propuesta de un modelo socialista, por su enfrentamiento con los Estados Unidos y por sus avances en el campo de la salud, la educación y la cultura de la que pareció no escapar a esta tendencia general de presiones sociales y de la emergencia de crisis en diversos frentes.

Los estallidos sociales que se iniciaron el domingo 11 de julio de 2021 a lo largo y a lo ancho de Cuba probablemente marquen un antes y un después en la isla. Estas manifestaciones sociales respondieron no sólo a un trasfondo de reclamos puntuales frente a la escasez de alimentos y de insumos médicos, los cortes de electricidad y el manejo de la pandemia del COVID19 por parte del Gobierno, sino que también se replicaron en los siguientes factores fundamentales. Como el deterioro general de las condiciones de vida de la población como resultado de la combinación de una década de lentos e insatisfactorios intentos de introducir reformas estructurales a un modelo económico manifiestamente disfuncional, la necesidad de reconfigurar un consenso social frente a estas en una sociedad en proceso de cambio con crecientes brechas y desigualdades sociales. Además de las continuas limitaciones que fueron impuestas por las sanciones y restricciones externas, por la reducción de la asistencia petrolera venezolana y por la abrupta disminución del flujo turístico –principal fuente de divisas extranjeras– debidas a la pandemia.

El reciente proceso de “ordenamiento” monetario con la unificación de las dos monedas existentes en el país y la dolarización rampante de la economía junto con las restricciones externas impuestas por la Administración Trump que incluyeron la disminución de viajes de estadounidenses y la reducción de la llegada de remesas junto a otras sanciones. La continuidad de estas restricciones dieron lugar a una creciente dificultad para la importación de bienes esenciales, las cuales no han sido modificadas en lo esencial ni paliadas en el marco de la limitada atención prestada a la isla por parte de la Administración del presidente Biden.

A este complejo cuadro se asoció una transición generacional que abrió las posibilidades de un mayor protagonismo de los jóvenes a través de una mayor disponibilidad y circulación de la información con la introducción de Internet y con la multiplicación de celulares en la isla y a las demandas por una mayor transparencia y menor censura y control por parte de artistas como los que se desarrollaron con el surgimiento del Movimiento San Isidro y del grupo 27 de noviembre, los cuales aparentemente inspiraron consignas como “Patria y vida” y “Libertad” entre los manifestantes de julio de 2021.

La eclosión social inicial y las tensiones persistentes responden, en este contexto, principalmente a las dificultades del gobierno del presidente Díaz Canel de acelerar las reformas asumidas en la Constitución aprobada en 2019 (que reconoce la propiedad privada) en el marco de un discurso que sigue nutriéndose de las consignas de la revolución de 1959 y que reitera la responsabilidad de la grave situación económica al embargo (o bloqueo según las fuentes gubernamentales) de los Estados Unidos. Es paradójico en este sentido que la relación entre La Habana y Washington –con sus vaivenes históricos– siga siendo el eje fundamental para las explicaciones oficiales sobre la crisis que se vive actualmente en Cuba desde que en 1960 el presidente Eisenhower estableció las primeras medidas de embargo a la isla.

En el plano internacional la transición que vive Cuba con sus múltiples desafíos se articula a una transformación sistémica global en el contexto de una transición hegemónica que –particularmente a raíz de la guerra de Ucrania– impone alineamientos geopolíticos que respondan a una nueva dinámica multipolar de conformación de bloques y de creciente protagonismo de las economías emergentes. En una coyuntura dónde el capital político internacional acumulado por la proactiva diplomacia cubana en años anteriores comienza a mermar y los apoyos necesarios –sobre todo en el plano económico– para avanzar las reformas necesarias han establecido nuevas prioridades nacionales y fuerzan a modificar sus estrategias a largo plazo.

Prueba de ello fue la gira del presidente Díaz-Canel en noviembre de 2022 con visitas a Argelia, Rusia, Turquía y China en busca de asistencia económica después de un año en que la economía cubana creció al 2 % del PBI por debajo de lo pronosticado. No es este el lugar para analizar los limitados resultados de esta gira más allá de la retórica y de los simbolismos como la inauguración de una estatua de Fidel Castro en Moscú, pero, por un lado demuestra que el capital político previo no pesa de la misma manera frente a una coyuntura geoeconómica y geopolítica extremadamente compleja en la que se ven sumergidos los actores del sistema internacional y, por el otro, la menguada oferta que Cuba puede ofrecer a estos interlocutores, más allá de alineamientos geopolíticos. Si bien la capacidad de convocatoria y de apoyo a la resolución en la ONU de condena al embargo estadounidense sigue relativamente incólume –como se comprobó en octubre de 2022–, se contradice con la necesidad de restaurar los vínculos económicos con

los Estados Unidos, dónde proviene no sólo gran parte de los alimentos que consumen los cubanos, sino también las divisas necesarias para adquirirlos. La posibilidad de un nuevo acercamiento entre Cuba y los Estados Unidos que se atisba en algunas incipientes medidas de la Administración de Biden en torno a las conversaciones migratorias, las remesas, la reactivación de vuelos, el restablecimiento de servicios consulares en La Habana y en algunas visitas de políticos y funcionarios estadounidenses parecen contrastar con los resultados de la gira, pero, aún más importante, muestran la necesidad de que los alineamientos geopolíticos se asocien a respuestas de los intereses y cambios económicos que demanda una sociedad cubana que en el transcurso de 2022 ha sufrido una sangría migratoria de más de 225 000 ciudadanos.

3. Cuba y sus múltiples crisis: los desafíos actuales

En función de la sucinta presentación preliminar de la evolución de la más reciente etapa del proceso cubano y teniendo en cuenta que la guerra en Ucrania ha exacerbado algunos impactos regionales –particularmente a raíz de las sanciones económicas impuestas a Rusia por Occidente y de su efecto bumerán sobre la economía mundial–, el presente número de *Pensamiento Propio* reúne un conjunto de artículos especialmente preparados por un conjunto de analistas en el marco del proyecto antes citado sobre reformas económicas y política exterior de Cuba –debatidos y evaluados en el contexto de un taller realizado en Panamá en noviembre de 2022– y una serie de comentarios de especialistas y académicos especialmente invitados a contribuir a este número.

En primer lugar, la sección **Investigación y Análisis** incluye un panorama exhaustivo de la política exterior y de las relaciones económicas externas de Cuba entre 2021 y 2022 preparado por el Dr. Antonio Romero del Centro de Investigaciones de Economía Internacional (CIEI) de la Universidad de La Habana que se focaliza en el análisis de los desafíos y los oportunidades de la inserción externa de Cuba en la actualidad, sus relaciones con América Latina y el Caribe y su interacción con algunos actores protagónicos del sistema internacional, que incluye a los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, la República Popular China, la Federación Rusa y otros países del Asia-Pacífico y actualiza el trabajo publicado en 2021 en el *Dossier* mencionado

anteriormente. Este artículo plantea como conclusión que dada la extrema vulnerabilidad del patrón de relacionamiento externo de Cuba, se recomienda priorizar la formulación de una estrategia “coherente y sistemática de transformaciones en el modelo de acumulación del país” y la continuación el fortalecimiento y la diversificación de “la matriz de relaciones externas” para lo cual Cuba debe aprovechar la actual transición global y la reconfiguración de alianzas geopolíticas en curso. En una línea similar, el siguiente capítulo sobre las finanzas externas de Cuba preparado por la economista cubana Marlén Sánchez señala desde el inicio las “visibles señales de agotamiento del modelo económico y una crisis macroeconómica agudizada por el recrudecimiento del bloqueo (estadounidense), la compleja situación internacional, la lentitud y falta de integralidad de la reforma económica en curso”. Analiza las limitaciones y la necesidad de diversificación de fuentes de financiamiento para el país, tomando en cuenta no solo las oportunidades institucionales que se presentan, sino también en un análisis innovador, los procesos que ponen en cuestión los mecanismos tradicionales y los esfuerzos de algunos actores eurasiáticos de avanzar en una desdolarización de la economía global.

La crisis económica multidimensional y las reformas que enfrenta Cuba en un entorno internacional en complejo proceso de cambio son analizadas en profundidad en el tercer capítulo a cargo del economista cubano Ricardo Torres del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC) que asimismo actualiza su artículo previo en el *Dossier*, enfatizando “las múltiples crisis que coexisten en la isla” –y que da pie al título de este volumen sobre *Cuba: del excepcionalismo a la policrisis*– y señala varios escenarios posibles para Cuba en dicho entorno,

A continuación, estos tres capítulos con énfasis en los aspectos económicos del relacionamiento externo y de las reformas en Cuba son complementados por aportes sobre diversos aspectos de las relaciones diplomáticas, políticas y militares de Cuba. En este sentido, el reconocido académico Jorge Domínguez se centra inicialmente en la diplomacia militar que ha permitido sostener canales de diálogo y comunicación entre las autoridades cubanas y los Gobiernos estadounidenses y que ha tenido éxito en sus relaciones, pero también analiza la diplomacia financiera en relación tanto con algunos actores internacionales relevantes como con las instituciones financieras internacionales, particularmente a través del uso de su *soft power* y que indica en este

ámbito algunas limitaciones importantes que afectan a “una economía que no crece desde 1985” y cuyos desafíos poco aportan sus principales aliados políticos. Asimismo, en esta línea se ubican tanto el aporte del diplomático y analista cubano Carlos Alzugaray sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos durante la Administración de Biden ante el dilema de una “nueva guerra fría” o una renovada “normalización” de las relaciones como dos paradigmas en pugna que abren serios interrogantes sobre la evolución de estas relaciones en el marco de la actual Administración estadounidense y de las tensiones en su propio seno. Finalmente, dado el énfasis habitual de nuestra revista en los temas y las relaciones en el contexto de la agenda latinoamericana, se suman dos trabajos relevantes en la actual coyuntura. Uno de ellos elaborado por el académico colombiano Eduardo Pastrana Buelvas de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, quien hace un oportuno análisis de la política exterior colombiana, especialmente desde la asunción del presidente Petro y sus relaciones con Cuba y en el esfuerzo de implementar una “paz total” con diversos grupos armados en donde La Habana vuelve a desempeñar un papel. El otro, elaborado por el director ejecutivo de CRIES Andrei Serbin Pont sobre las relaciones entre Cuba y Venezuela, quien aborda el debilitamiento de la cooperación venezolana con la isla y el impacto que sobre estas relaciones puede tener tanto la guerra de Ucrania como una nueva política estadounidense hacia el Gobierno de Maduro.

En la sección de **Comentarios** hemos incluido –casi al cierre de esta edición–, en primer lugar, una serie de reflexiones actualizadas sobre la situación de la isla a raíz de un viaje a La Habana de Eric Hershberg del CLALS. Luego, incorporamos un análisis del proceso de ordenamiento monetario en Cuba escrito por Mauricio de Miranda de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali y una revisión de las relaciones entre Cuba y la CARICOM –particularmente relevante a raíz de asumir la presidencia de la CELAC St. Vincent y las Grenadinas– elaborado por Jacqueline Laguardia, investigadora del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de las Indias Occidentales en Trinidad y Tobago.

Como es habitual este número se complementa con la publicación de la sección de **Reseñas** y de la sección de **Pulso Bibliográfico**.

A partir de estos aportes, se destacan algunas líneas coincidentes en torno a los múltiples desafíos que encara Cuba en esta nueva y crítica coyuntura. Más allá de que el entorno internacional impone como trasfondo de toda decisión política de cambio la consideración de una compleja e incierta dinámica internacional de alineamientos geopolíticos, el impacto económico de la pandemia, de la guerra de Ucrania y una potencial recesión económica global ponen en evidencia las serias dificultades de recurrir al entorno externo para impulsar este cambio. Un entorno en donde una proactiva diplomacia política y el capital acumulado en este campo se muestran insuficientes para atraer nuevas interlocuciones o reactivar antiguos vínculos comerciales, financieros y de cooperación que contribuyan a profundizar algunas de las reformas económicas necesarias. En este sentido no sólo ha cambiado la dinámica global con la emergencia de diversos polos de poder y su competencia o confrontación en el marco de una contestación del sistema liberal internacional, sino que además la batalla por el Sur global que encarna en la actualidad tanto Estados Unidos y la UE, como China, Rusia y la India, entre otros actores euroasiáticos hace relevantes a los socios estratégicos que pueden disponer de un potencial económico y geopolítico de “poder blando” importante. A su vez, en cuanto las reverberaciones de esta batalla alcancen un espacio de poca relevancia sistémica, pero de creciente importancia estratégica como lo es América Latina y el Caribe, las iniciativas y los liderazgos emergentes probablemente recaigan en actores de mayor poder económico, territorial, demográfico e internacional. En este contexto regional emergente, probablemente Cuba tenga un papel para desempeñar en la articulación regional una vez que avance en la superación de sus propios desafíos –múltiples y complejos frente a la policrisis que atraviesa–. Pero esta vez, ese desempeño exigirá algo más que capital simbólico y demandará una estrategia pragmática que contemple y balancee consistentemente sus diversas opciones.

Hasta el próximo número.

Andrés Serbin

NOTAS

- 1 Taller Académico Cuba-Estados Unidos (TACE/Cuba-United States Academic Workshop (2012) Oportunidades para las relaciones Cuba-Estados Unidos. Propuestas para la colaboración en áreas de interés mutuo/Opportunities for U.S.-Cuban Relations. Proposals for Cooperation in Areas of Mutual Interest, Documento de Trabajo, Buenos Aires. CRIES, noviembre de 2012.
- 2 Serbin, Andrés (Coord.) ¿Fin de ciclo y reconfiguración regional? América Latina y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe 2016, Buenos Aires: CRIES, 2016
- 3 Basado en una serie de artículos preparados para Le Monde Diplomatique Edición Cono Sur, Perfil y La Nación de Buenos Aires publicados entre 2019 y 2022.
- 4 Reemplazados posteriormente por el VII Congreso del PCC en 2016 por los documentos “Conceptualización del modelo económico y social cubano de desarrollo socialista” y el “Plan nacional de desarrollo económico y social hasta 2030”.